

**ENRIQUE
MORALES NIETO**

**LAZOS,
CONFLICTOS Y PODER**

ENRIQUE MORALES NIETO

LAZOS, CONFLICTOS Y PODER

Lazos, conflictos y poder

© Enrique Morales Nieto

© HISPAMERICA BOOKS, S.L.

MADRID- ESPAÑA

Telefono: 91 028 28 51

I.S. B. N: 978-84-942778-2-5

Depósito legal: M-19145-2014

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, distribuyeren o comunicaren públicamente, total o parcialmente, una obra literaria, artística o científica o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte, o comunicada a través de cualquier medio sin la autorización correspondiente.

*Para mi esposa Anabella
y mis hijas, María Alejandra, Daniela y Catalina*

PRIMERA PARTE

LAZOS PARA SIEMPRE

Capítulo 1

Gabriela no entendía por qué Emilio, tratándose de negocios y de su empresa, no tenía ni Dios, ni hijos, ni autoridad que se interpusiera en sus deseos y mucho menos en sus decisiones.

No sabía si despertaba de uno de esos sueños que siempre le jugaban una mala pasada y por un momento se quedó inmóvil, como queriendo resistirse a esa realidad que le parecía ajena.

Gabriela vio el reloj que marcaba las 5:50 a.m. Aún somnolienta fijó su mirada en la lámpara del techo que ya recibía la tenue luz del sol.

-Hoy es mi primer día como presidente del gremio más importante de la ciudad- pensó, y una sonrisa invadió todo su rostro.

Muchos caminos recorridos, muchas frustraciones muchos sueños deshechos y hoy por fin uno de sus más esquivos deseos era una realidad.

Gabriela siempre quiso ser un personaje público. En sus venas corría sangre con sensibilidad social, seguramente heredada de su madre, y ser presidente de la Cámara de Gestión Comercial de Bogotá era un gran logro. Le traía por vanidad la exposición exposición mediática que ese cargo representaba, anhelado además por muchos funcionarios y empresarios del más alto nivel. De hecho, tres ex ministros de estado le antecedieron. Además, era una gran oportunidad para enterarse de los problemas sociales que aquejaban a una gran metrópoli.

Miró a su izquierda y se quedó pensando en lo bien que se veía ese otro lado de su cama vacío pero aún ordenado. ¿Si estuviera durmiendo con un metrosexual machista, de esos que tanto odiaba me levantaría hoy tan contenta? se preguntó mientras se dispuso a dar un gran salto para incorporarse.

No quiso darle más vueltas al asunto porque ya sabía la respuesta.

Abrió las ventanas de su cuarto y vio cómo la luz del sol iluminaba la foto de la noche de su graduación. El sol brilla para todos, le decía un profesor y le vino a su mente esa frase que era premonitoria de la felicidad que sentía.

Su cuerpo era aún esbelto y a sus treinta y ocho años despertaba envidia por sus formas delgadas y simétricas. Todas las mañanas tenía la misma rutina. Antes de tomarse una ducha se miraba al espejo haciendo un gesto con adolescente coquetería. No le gustaban mucho sus cejas, un tanto dispares, y menos un sutil bozo que aún cuando blanqueaba con inadvertidos tintes odiaba por su rebeldía.

Sus senos le parecían pequeños para su estatura, pero le agradaba ver como la blancura de los mismos contrastaba con el negro de su cabello, que olía permanentemente, para disfrutar ese aroma que le impregnaba el enjuague diario con una infusión de agua de manzanilla con aguacate, tal y como le enseñó su tía y de quien heredó esa vanidad caribeña.

Sin lugar a dudas su cabello era hermoso, así como sus ojos, de un intenso verde esmeralda que no disimulaban su origen italiano materno.

Una hora diaria de spinning en su bicicleta estática consideraba suficiente para tonificar sus largas piernas y, de paso, sudar un poco todas esas toxinas que le producían, según le decía su padre, tanto estrés.

Le intrigaba la noticia que debía salir, sin duda alguna, publicada en el principal diario capitalino, que sagradamente leía todas las mañanas a las seis en punto y que reseñaría su nombramiento. No había podido dormir bien y se levantó con una ligera taquicardia que le producía la ansiedad de la noticia.

Buscó con tranquilidad en cada página, mientras endulzaba su té y acariciaba unos panecillos.

Gabriela Araujo Conti, nueva presidenta de la Cámara de Gestión Comercial de Bogotá. Ese era su nombre. Lo veía como si todo a su alrededor se estuviese inflando. Las mariposas revoloteando en su estómago le hicieron caer en cuenta que era algo real pero muy serio, por lo que cerró sus ojos para contener la respiración y un suspiro pleno de satisfacción fue el único testigo de lo que Gabriela estaba sintiendo.

Sólo el timbre del teléfono la vuelve al mundo y la saca de ese estupor modorriente que la hacía flotar de felicidad.

Gaby, soy tu padre. ¿Te estás bañando? Llámame cuando puedas, es urgente hablar contigo.

Gabriela apresuradamente levanta la bocina y con un grito casi militar contesta el teléfono.

-Hola Emilio. Ya salía para la oficina y justamente pensaba llamarte.

-¿Emilio? ¿Cuándo me dirás papá?- le increpó con cierto tono complaciente su padre.

No era nada nuevo. Desde pequeña le decía Emilio, en especial cuando le daban esas pataletas que buscaban afanosamente una caricia paternal.

-Ajá. No se te olvide que estás hablando con la nueva presidenta de la Cámara de Gestión Comercial de Bogotá, "y mira a vé"-, dejando claro que cuando quería imponerse con un tono un tanto coqueto utilizaba ese acento costeño que aún después de tantos años no había perdido.

-Pues mi señora presidenta. No creas que la cosa está fácil- le dijo su padre. Tu nombramiento ha dejado mucho resentimiento desbordado y mucha envidia suelta. Entenderás que Consuelo Gómez, la candidata de los industriales piensa que no haber salido elegida, luego de haberse desempeñado con honores como Ministra de Educación es una afrenta. En especial cuando los medios la daban como segura presidenta. Y qué decir del grandulón de Noguera. Creyó que por ser ex alcalde de la ciudad el consejo directivo se rendiría a sus pies y lo nombrarían pero se quedó totalmente frustrado.

Gaby, tu nombramiento se debe en parte a la fuerza que le puso a tu candidatura Gonzalo Echavarría. Como presidente del consejo directivo tuvo mucha influencia y hasta donde me informaron, habló con el Presidente de la República para ver qué le parecía tu nombre. Al Presidente le pareció muy bien y se lo hizo saber a los dos representantes del gobierno en el consejo directivo. Claro está que sabes que Gonzalo, aun cuando es mi suegro no es santo de mi devoción. Es inabordable. Cree que se las sabe todas y su tonito despectivo y soberbio nunca me ha gustado. Quiere que todos le besen el anillo. Pero actuó muy bien y tenemos que estar muy agradecidos. Te aconsejo que te arrimes mucho a Gonzalo.

¡Ah! Gaby. Tienes que renunciar a la junta directiva de Praxis Jurídica. Tu tío Pablo estará feliz de que tengas que renunciar a la junta. Se cree tu padre adoptivo, pero se muere de la ira porque hayas estado alineada conmigo. Seguramente te llamará para felicitarte por el nombramiento a la Cámara , pero ya sabes cómo es de falso mi hermanito.

-¡Ay Papá! No empieces. Mi tío no es tan malo- le increpó Gaby.

-Bueno, bueno, Gaby. Tú lo defiendes mucho- respondió apresuradamente Emilio.
¡Ah, Gaby! Antes de que renuncies a la junta de Praxis Jurídica tenemos que tratar el tema de la autorización de la compra de las acciones que me dio la asamblea de accionistas de las acciones que poseen los socios venezolanos de Praxis Jurídica de Venezuela. Esa autorización la tenemos que redactar con cuidado y quiero que tú me ayudes. Ya te diré por qué.

Gaby, se me olvidaba comentarte. Hoy cité en mi oficina al gerente de Leasing Internacional. La idea es que le giremos hoy mismo los doce millones de dólares que necesita la empresa para mejorar sus índices de liquidez y de solvencia que nos exige la Superintendencia y el Banco Central.

-Pero Papá, ese tema se trató en junta, y te recuerdo que la junta no autorizó

ese préstamo y quiere que el tema sea tratado en asamblea. A mi tío Pablo no le hace mucha gracia seguir prestando a una empresa que es casi tuya, y de tu suegro, incluso cuando Praxis Jurídica tenga acciones en la misma. Y ya sabes que Sergio, que representa a tu otro socio, a quien tampoco quieras, se oponen de plano a seguir en este negocio.

-Gaby ¿De qué parte estás? Si Praxis no gira ese dinero hoy mismo entonces podemos ser sancionados por el Banco Central. Esto sí es grave.

Si bien es cierto Praxis Jurídica es accionista minoritaria, te recuerdo que tú eres la presidenta de la junta directiva y esto te afectará mucho más porque ahora eres la nueva presidenta de la Cámara de Gestión Comercial de Bogotá - recalcó Emilio, dejando claro que en este punto no había discusión.

No coloques en el acta que el préstamo no fue aprobado- continuó diciendo Emilio, demorando cada palabra para hacerse sentir con fuerza. Solo menciona que el tema fue tratado. Yo como el nuevo presidente de la junta lo refrendo y hablaremos con Fadul para que registre de manera inmediata el acta.

Emilio, un viejo zorro, fundador y accionista mayoritario del conglomerado Praxis Jurídica quería dejar muy claro que Gabriela seguía siendo su hija y que debía continuar secundando y apoyando sus decisiones.

Gabriela asintió en silencio, como queriendo decir que le incomodaban unas exigencias que no compartía, pero también sabía que había sido cómplice de su padre en muchas acciones acomodadas para su beneficio.

-Gaby, ¿No me dices nada? No, no. Está bien- respondió cortadamente Gabriela. Tengo que colgar. Te llamo más tarde.

Un pequeño mordisco en el labio inferior delataba el gesto de disgusto que caracterizaba a Gabriela cuando estaba a punto de estallar y que, a su vez, la hacía ver con una expresión que dibujaba un fuerte inconformismo, pero que también la hacía ver muy sensual. Gabriela sin percibirse acompañaba su sensual mordisco con un movimiento de su cabeza, como queriendo contener un grito.

¡Qué se está creyendo mi papá! murmuró. Ni me felicitó. Solo le importó darme órdenes.

Sin duda alguna amaba a su padre. Era su única hija y según afirmaba Emilio el ser más importante en su vida. Gabriela no entendía por qué Emilio, tratándose de negocios y de su empresa, no tenía ni Dios, ni hijos, ni autoridad que se interpusiera en sus deseos y mucho menos en sus decisiones. Pues bien, allí estaba ella, feliz porque había sido nombrada como presidenta de una gran institución, pero una llamada de su padre, lejos de alegrarle el día, le dejó un sabor muy amargo.

Capítulo 2

El cáncer quería que Alessandra muriera linda y así se la llevó. Se enamoró de ella, y se la llevó bella.

A los treinta y ocho años Gabriela había tenido una vida muy agitada. No se podía afirmar que había sido una vida que transitara en medio de un camino de rosas. Su madre había muerto cuando ella apenas tenía dos años, víctima de una rara enfermedad llamada lupus. Falleció en los Estados Unidos, al parecer por un mal tratamiento.

El lupus era una enfermedad que desconcertaba a los médicos americanos quienes, en los años ochenta, no conocían un verdadero tratamiento. De hecho, creían que era una enfermedad que tan solo la padecían las personas de raza negra y algunos latinos, así que para los médicos de hospitales americanos no valía la pena desarrollar investigaciones con cierto grado de profundidad y confundían la enfermedad con virus que se incubaban en el trópico.

Emilio no escatimó recursos para el tratamiento de su joven esposa. En las playas de *Sunny Isles*, en Miami, Alessandra, la madre de Gabriela, chapuceando con su hija en el mar, sintió un profundo mareo y un dolor en el tobillo de su pie izquierdo. Pensó que una medusa la había picado, ya que una serie de ronchas cubrían sus tobillos y rodillas.

El tema de la picadura no pasó a mayores y Alessandra siguió su vida de Mamá joven, madre de una pequeña que seguía encantada con los colores del mar azul verdoso de las playas de Miami y la colección de conchas que, cada vez que podía, escondía en una carterita de fique que aún Gabriela conservaba a manera de amuleto y de la que nunca pudo desprenderse por más ajada y envejecida que lucía con el paso de los años.

Alessandra empeoró repentinamente. Su enfermedad no le dio tiempo a entender lo que en realidad le estaba sucediendo. En el *North Miami Hospital* le preguntaron si eran normales esas ronchas por picaduras de zancudos en Colombia.

-Bueno, es el trópico- afirmó el Doctor Peter Zureck cuando la examinó.

Venías con el problema desde Colombia y ya pasará. Eres alérgica a los mosquitos y aquí en verano proliferan- le aseguró el inexperto galeno.

Lo cierto es que Alessandra un buen día amaneció vomitando sangre y con una rara palidez que hacía que su piel blanca se tornara ocre. El cambio de Alessandra era abrumador. En una semana perdió seis kilos y la caída del pelo era notoria. Las ronchas le cubrían todo el cuerpo y una hinchazón de los párpados cerraban esos hermosos ojos verdes esmeralda.

Los médicos finalmente diagnosticaron la enfermedad. El terrible lupus había

evolucionado a un cáncer linfático que había hecho metástasis en los huesos. Una especie de cáncer, para la fecha terrible e incurable.

Alessandra era una mujer verdaderamente hermosa. Había nacido en la colonial población de Mompox, una población como enconchada en los años patrióticos de la independencia.

Allí Bolívar, el libertador de América, tuvo un gran amor y los momposinos se sentían tocados por ese espíritu liberal y genial que tenía el libertador y estaban seguros que una parte del mismo yacía en las entrañas del pueblo.

Alessandra no era lejana a ese sentimiento de los momposinos y, como buena costeña y caribeña, era alegre, amaba los vallenatos, en especial uno del maestro Tobías Enrique Pumarejo que cantaba a diario y que entonaba con ese deje costeño barranquillero. Con su voz suave y un poco ronca susurraba:

“Mirame fijamente hasta cegarme, mírame con amor o con enojo, pero no dejes nunca de mirarme porque quiero morir *bajo'e* tus ojos”.

Su piel era de la misma blancura que sólo se ve en ciertas regiones rusas y que hacía que se destacara ante las tostadas pieles de las mujeres caribeñas. Su pelo, de un negro atizado, y sus grandes y hermosos ojos verdes lucían majestuosos, arropados por unas pobladas cejas negras. Era una de las mujeres más hermosas de la costa atlántica. Su padre era un italiano trotamundos que vino a parar a Mompox de mochilero. Estaba casado con una italiana, muy alta y delgada, a quien le gustaba la aventura y viajar en compañía de una mochila a cualquier parte del mundo. Lo cierto es que acabaron viviendo en una posada en Mompox. Un lugar como trasplantado de la España del siglo XVII y perdido sobre la ribera del río Magdalena.

Los dos se enamoraron del lugar. Tenían pensado tan sólo vivir un mes y de ahí partir para Ecuador. En un viaje a Barranquilla conocieron a un argentino que jugaba en el equipo local, el Junior de Barranquilla. El argentino les propuso abrir en Mompox un pequeño restaurante italo- argentino y así los tres abrieron “Ítalo”, un restaurante que aún hoy es uno de los más famosos y visitados en el Caribe.

Alessandra fallece el 24 de agosto del año 1988 mirando el río Magdalena en su natal Mompox.

Repentinamente había mejorado y la felicidad de Emilio era notoria, pero el cáncer es un enemigo que juega sucio. Da ilusiones, juega con el cuerpo, te mejora, te embellece y luego te mata. El cáncer quería que Alessandra muriera linda y así se la llevó. Se enamoró de ella, y se la llevó bella.

El golpe por la muerte de Alessandra para Emilio fue desvastador. Viudo a los treinta y dos años y con una hija de tan solo dos años, el dolor le nublaba el pensamiento.

¿Y ahora qué hago? Era la pregunta que minuto a minuto se hacía Emilio. Lo

único que lo consolaba era mirar a esa hermosa niña que tenía los mismos ojos verdes esmeralda y ese color de piel blanco que realzaban unos hermosos labios con las mismas pobladas cejas que le cautivaron de su madre.

Gabriela era la viva figura de su madre. La mujer más hermosa de Mompox. *La italiana*, como la llamaban.

Cuando Emilio alzaba a su hija, la niña se resistía y se echaba para atrás con una carcajada de alegría que se repetía una y otra vez como una cascada de felicidad. Emilio sentía regresar a aquellos momentos tan felices que Dios le regaló al lado de Alessandra y que, inexplicablemente, le quitó.

Esa canción que él le dedicó una calurosa noche a orillas del río Magdalena y que Alessandra cantaba a diario, le llegaban al fondo de su alma cada vez que miraba a su pequeña hija.

“Mirame fijamente hasta cegarme, mírame con amor o con enojo, pero no dejes nunca de mirarme, porque quiero morir bajo tus ojos”.

La mirada de Gaby era una llama cálida que le hacía estrechar a su hija entre sus brazos, pero que le quemaba la vida.

Cada vez que Gabriela miraba y sonreía, a Emilio se le aguaban los ojos, y ese se convirtió en un recuerdo a manera de un tatuaje que siempre llevó.

Emilio entró en una agonía peor que la que sufren quienes saben que van a morir. La de Emilio era para siempre. No tenía un fin próximo. Al menos los que agonizan saben que el día que mueran terminarán sus sufrimientos. El mío nunca terminará, le decía con amargura a su hermano Pablo. Siempre le hablaba del mismo tema.

Siempre lo hacía al lado de una botella de Old Parr.

El rito semanal de Emilio era idéntico. Llegaba al apartamento en Barranquilla de su hermano. Se sentaba en una silla en el balcón con vista a la ciudad y pedía que le sirviera un trago de Old Parr.

Pablo, su hermano, había estudiado derecho, al igual que Emilio, y en la Universidad conoció a Victoria. Una hermosa barranquillera, dama de honor de las fiestas populares, agraciada capitana del Club Unión de la ciudad en las festividades.

Pablo era el típico cachaco bogotano. Su acento marcado con erres pronunciadas y cadencia lenta hacia que su conversación fuera un tanto monótona. Pero las personas sentían que Pablo las escuchaba. Era cierto. Pablo no era muy amigo de la palabra.

Hombre de pocas palabras, siempre en su rostro se veía un gesto reflexivo. Era el paño de lágrimas de su hermano. Lo fue en la universidad, quien lo veía como su confidente. Pablo guardó durante muchos años todos los secretos también de Victoria, su compañera de estudios, de quien siempre vivió enamorado, pero nunca se lo dejó saber.

Victoria lo veía al principio como su fiel confidente y más de una vez fue su paño de lágrimas.

Pablo supo cada una de las parrandas en las que estuvo Victoria. Conocía de sus locuras y aventuras, que por cierto eran muchas. A quiénes amó y con quiénes se acostó.

Las intimidades de Victoria eran parte de su cotidianidad. En muchas ocasiones Pablo tuvo que salir a comprar las toallas higiénicas para Victoria. Le preparaba las agüitas de manzanilla en esos días difíciles. La recogía en noches lluviosas de sitios de rumba, y era su hombro consolador cuando una de esos tantos novios que le conoció a su amiga causaba una pena de amor.

Una buena noche, cuando estaban viendo un partido de fútbol en la que jugaba el Junior de Barranquilla, el equipo por el que dan la vida los barranquilleros, Victoria entró a su cuarto, sacó de la mesita de noche una bolsita, se la entregó a Pablo y con una mirada solemne, poco común en ella, le pidió a Pablo que la abriera.

-Ya va, ya va, Vicky, que ya viene el gol- dijo Pablo, entre asombrado y afanado por no perder la atención en el partido.

-Ábrela- insistió Victoria.

-¿Y ésto qué es? - atinó a decir Pablo sin ni siquiera fijar la vista en la pequeña bolsa.

-Si te dignaras a mirar lo que hay dentro te darías cuenta que hay una argolla.

-¿Una argolla? ¿Vicky? ¿Y qué hago con ella?

-Póntela a ver si te queda -le pidió Victoria.

-¿Y para qué? ¿Es de tu papá? ¿Y te la regaló para que te hagas un anillo?- le preguntó desinteresadamente Pablo. Raro porque nadie usa argolla, continuó Pablo con un toque de ironía.

-Pablo. ésta es tu argolla de matrimonio, que yo te estoy regalando -le increpó Victoria. Pablo no salía de su asombro y sin tener más recurso que abrir los ojos y levantar los hombros, exclamó con una gran carcajada:

-¿Que me caso, Vicky? ¿Y con quién? ¿Estás loca?

-No. No estoy loca. Te casas conmigo. Yo seré tu esposa para siempre. Ya no seré tu amiga.

Nadie podía creer que el cachaco tímido y la “majita hermosa”, como le decían, se casaran.

¿Y eso, cómo fue? le preguntaban todas las amigas a Victoria.

-Pues muy sencillo -respondía. Me tocó pedirle la mano y regalarle el anillo de

bodas. Lo hice con arrodillada y todo. Luego soltaba una sonora carcajada, dejando ver esa blanca dentadura y el desorden de su rubio cabello que eran apenas la antesala de su envidiable belleza.

-Además-, les decía a sus amigas- lo mejor de todo es que nos saltamos el noviazgo y ganamos tiempo.

Pero para qué ennoviarnos si Pablo me compra las toallas higiénicas y yo le cuento mis orgasmos. Ya era hora que no los anote sino que los disfrute. Y una nueva carcajada era el sello de que Victoria estaba llenando el espacio.

“*Vicky, no seas loca*” era un estribillo común que permanentemente se oía en las reuniones de Victoria con sus compañeras.

-Oye, “cuña”. Tómala suave- le dijo Vicky a Emilio una de tantas noches, en las que como siempre lo hacía, se sentaba en la terraza de su apartamento para iniciar el rito del Old Parr, y de pedir que le pusieran el vallenato de siempre. “Mirame fijamente hasta cegarme...”

-Cambia de vallenato- le imploraba Victoria a Emilio al ver que ya se estaba volviendo molesto con la misma canción. Con tantos que hay ¿Y tú siempre con el mismo? Coloquemos otro.

-No. No más vallenatos, por favor Victoria. Tú sabes Vicky que a mí no me gustan y ya me tienen hasta la coronilla- protestaba Pablo, su esposo.

-Ajá, *Pablis*, pues te fregaste. Ya viene el carnaval y yo tengo que estar en la comparsa. Y tú me vas a acompañar.

-¿Yo? ¿En una comparsa de borrachos? ¿Estás loca? Primero muerto le respondió Pablo.

-Es que eres un cachaco aburrido- le dijo Victoria a su esposo. Esta vez, sentada en sus piernas y estrujando sus cachetes.

Un sorbo de whisky del vaso de Pablo cerró la conversación, antes de un ¡huy! Esto si sabe feo.

-No sé, por qué tú, Pablito, no bebes roncito.

Vicky siempre fue gran amiga de Alessandra. Se conocieron en primaria y fueron amigas, hermanas y rivales. Nunca estuvo muy de acuerdo con el matrimonio de su amiga con Emilio, a quien lo consideraba un cachaco pretencioso, a diferencia de su hermano Pablo, de quien se enamoró.

Emilio, a los treinta y dos años era un hombre apuesto. Su 1.90 de estatura y su figura atlética lo hacían sobresalir en cualquier grupo e indudablemente le daba un porte que reforzaba con su voz fuerte y sus ademanes cultos. Una sonrisa nunca abierta ni aca-

bada era su característica más expresiva. Esa sonrisa era atractiva para algunas mujeres, pero para otras, como Victoria, con sangre caribeña, era la típica sonrisa despectiva e hipócrita que caracterizaba a los cachacos.

-Daa. Los cachacos nacieron sin los músculos de la risa -solía decir-. ¿Por qué nunca se ríen bien como nosotros los costeños? Mostrando las encías. Asíí. -Y de nuevo una sonora carcajada de Victoria paralizaba cualquier audiencia-. No bebas tanto Emilio, que ya está bien -le increpó otra noche Victoria a su cuñado-. Y cuando digo que está bien es porque quiero decirte que pares ya- le ordenó Victoria, esta vez con un tono autoritario y sin titubeo que ya conocía Pablo, su esposo.

Pablo sabía que Victoria no era temperamental. Pero cuando hablaba fuerte lo hacía en serio y era señal que iniciaba una discusión con su esposa que siempre terminaba a favor de ella.

No obstante, en esta ocasión no estaba molesta con él sino con su hermano, así que Pablo se dio por desentendido y bebió un trago del vaso que tenía en sus manos.

-Y eso es también para ti Pablo- dijo ya furiosa su esposa y le arrebató el vaso de las manos.

Pablo sabía que sólo cuando Victoria estaba disgustada lo llamaba por su nombre. Así que era mejor hacerle caso.

-Mira, Emilio- le dijo Victoria a su cuñado. Alessandra fue mi gran amiga y la he llorado todos estos días. Murió hace seis meses y de esta pena nadie se podrá reponer completamente. Pero llevas seis meses bebiendo y, de paso, en compañía de Pablo, que te recuerdo es mi esposo y que, quien como tú, se está volviendo alcohólico y borracho. Tú sabes que me encanta que lo hagan aquí y que no me gusta que se vayan de parranda, quien sabe para dónde. Pero ya no más. Ya está bien. No más alcohol en esta casa. Dime, mejor ¿Cómo está la niña? Tu hija, Gaby. Casi no me la traes y ella se entiende muy bien con su primita Salomé. Salomé es un añito menor. Pero parecen como hermanitas.

-¿Sabes que tienes razón Vicky? Discúlpame, por favor. Soy un inoportuno cansón y abusador- respondió Emilio con un deje humilde poco común en él y que tomó por sorpresa a Victoria, quien no le conocía esa faceta.

De hecho, Emilio casi siempre le hablaba a Pablo, dándole órdenes o criticándole su forma de pensar y cuando lo hacía, ni siquiera la miraba. Solo la ignoraba. Era como si no existiera. Victoria sentía una rabia que la hacía enrojecer, y miraba a su esposo, como diciéndole: Defiéndete, ¿No ves que te están ofendiendo? Pero Pablo nunca reclamaba a Emilio, parecía que el respeto por su hermano mayor lo llevaba a asentir todo lo que le dijera o hiciera.

-Tranquilo Emilio- le dijo Victoria al notar la vergüenza de Emilio. Sólo es que te queremos y...

-Sí, lo entiendo- interrumpió Emilio, dejando claro que ya había pedido disculpas y era suficiente.

La niña está muy bien. Cada vez que la miro y la alzo, no puedo dejar de pensar en Alessandra. Es que...

No alcanzó a terminar la frase y vió que Victoria batía rápidamente la cabeza y entiendió el mensaje. Bueno. Discúlpame de nuevo. Ya sé. Me he vuelto pesado con el tema -le dijo Emilio, levantando los hombros.

Me preguntas por Gabriela. La niña está muy bien. La Nana Milagros se desvive por ella. ¿Sabes que crió a Alessandra y creo que ve a Gaby como si fuera su nieta? Es muy seria, lo sé. Vive como taciturna. Casi nunca se ríe. Pero es muy eficiente, ordenada y cariñosa con la niña, y eso me tranquiliza. Está en las mejores manos.

-Lo sé, Emilio, la Nana es un poco rara- interrumpió Victoria. Alessandra me contó que siempre se levanta a las tres de la mañana y a esa hora inicia su oficio. Incluso los sábados y domingos.

-¿Te lo contó Alessandra? -le dijo, asombrado, Emilio-. Es cierto, Vicky. Ahora que estoy más en casa y atento a todo me he dado cuenta de ese detalle. No sé por qué lo hace. Ya le he dicho que no es necesario que todos los días se levante a las tres en punto. Pero sólo me dice: no señor. No lo puedo hacer. ¿Se le ofrece algo más? Y no hay modo, pues me corta. Es una persona muy misteriosa.

-Emilio, quiero preguntarte algo. ¿Quieres regresar a Bogotá e instalarte en la capital?

-Sí, Victoria. Eso ya está decidido. De hecho, no he venido solo a tomar con Pablo y a importunarlos. Hay un proyecto que quiero comentarles.

Victoria sintió que su cuñado se estaba desquitando y que aprovechaba para enviarle una indirecta, así que le aclaró.

-Te lo pregunto porque me encantaría que nos dejaras a Gabriela con nosotros. Mira, a Gabriela la quiero como a mi hija y como a la hermana mayor de Salomé. Déjanosla, por favor -le pidió Victoria, juntando sus manos para hacerle notar que se lo estaba implorando-. Porfa, Emilio. Déjanosla -insistió, arrodillándose para dramatizar un tanto su solicitud-. Además, en manos de una Nana tan seria y brava, ¿Qué será de la niña?

Emilio quedó paralizado por la actitud de Victoria. Se había desbordado. De verdad quería a esa niña. Era como si le hubiese dicho que se iba a llevar a su hija.

-¿De verdad, Vicky y Pablo? ¿Me están pidiendo que les entregue a Gaby? preguntó sorprendido Emilio.

-No, no “*cuña*”, no me malinterpretes -se apresuró a decir Victoria-. Siquieres, sólo déjanosla un par de meses mientras te ubicas en Bogotá. Además, déjala con la

Nana. Milagros es seria pero muy buena y de paso me ayuda con las dos niñas.

-Es que sus abuelos en Italia me han escrito y quieren que viva con ellos- les aclaró Emilio. La verdad, no sé qué hacer.

-¿En Italia? No, “cuña”. No hagas eso. Tú no sabes en realidad quién es esa familia. Su abuelo dejó el restaurante en Mompos en manos de otro italiano maluco y a su abuela no le gustó Colombia y regresó a Italia. Sería una locura, Emilio.

Como para zanjar la discusión y viendo que ya era hora de intervenir Pablo miró a Emilio y de manera tímida, con un cierto temor le dijo

-Sí, Emilio, Vicky tiene razón. Deja a la niña con nosotros, Vicky la adora.

-Sí, Emilio, a esa niña la adoro- le confirmó Victoria. Ya verás cómo le enseñaré a bailar fandango currulao y ser una princesita en los carnavales. Le pondré candongas y moñitos en el cabello como a Salomé y será muy coqueta- le suplicó de nuevo Victoria.

Emilio abrió los ojos y miró a su hermano en señal de desconcierto. A los dos les aburrían los carnavales y Victoria ya estaba metiendo a la niña en esa fiesta.

-Ya va Vicky. Mérmale con lo de los carnavales. Deja que Emilio lo piense y ya veremos-, cortó Pablo, señalándole con la mirada a Victoria que tal vez se estaba excediendo.

-Bueno. Tan coqueta no me la pongas- le reclamó Emilio.

Victoria, al oír estas palabras, entiendió que esa era una clara manifestación de su aprobación.

Pegó un salto de emoción y abrazó a Emilio plena de felicidad, no sin antes advertirle.

-Tranquilo Emilio. También la voy a volver cachaca. Ya verás cómo le pondré muchas bufandas y faldas largas.

Eso dio pie para una sonora carcajada, a la que Emilio y Pablo se unieron.

Victoria no cabía de la felicidad. Había ganado una hija. Le prometió, cuando la enfermedad le cobraba la vida, a su gran amiga Alessandra con la que compartió su infancia y su juventud, que cuidaría de Gabriela, y esa promesa la iba a cumplir pasara lo que pasara.

Capítulo 3

El tiempo quiso ser cómplice de tamaña alegría y parranda y se detuvo.

Victoria había nacido en Barranquilla pero sus abuelos eran libaneses.

Los Manzur Fayad llegaron a puerto Colombia en 1934, después de muchas penurias recorriendo medio mundo. Salieron del puerto de Kaffa, en el Líbano, de allí pasaron a Egipto y vivieron indocumentados durante seis meses en España, hasta que superaron por otros inmigrantes libaneses que Colombia era una nación de puertas abiertas para recibir a la diáspora árabe que venía huyendo de la dominación turca otomana.

Salieron del Líbano con pasaporte turco, por lo que los barranquilleros siempre se confundían y les decían los turcos, apelativo que no les hacía mucha gracia, pero con el tiempo se fueron adaptando al mismo y aceptaron la confusión.

La solidaridad de Sheila Victoria Manzur provenía de sus raíces árabes. Los lazos familiares de los árabes, se acrecentaron cuando en la diáspora se tenían que cuidar unos con otros. Muchos de ellos se hacían cargo de los hijos de sus familiares y amigos, que no podían emigrar de su tierra o que morían en los viajes. Así que la promesa de cuidar y hacerse cargo del hijo encomendado para los libaneses, palestinos y sirios que llegaron a Barranquilla era sagrada, y Victoria había dado su promesa a Alessandra. Promesa que era del conocimiento de la familia de Sheila Victoria. Gabriela, por esta promesa, era considerada un miembro más de la comunidad árabe que vivía en Barranquilla.

Abdalá Manzur y su mujer Shaia Fayad, tuvieron cinco hijos. Los Manzur, tal y como todos los inmigrantes libaneses, se dedicaron al comercio de telas, prendas de vestir y utensilios. El turco Abdalá, como le decían, tenía una rutina diaria que nunca interrumpía. Salía a las siete en punto de la mañana y se anunciaba por las calles con una matraca que hacía sonar y que le servía de melodía a estribillos que se inventaba según lo que deseaba vender. Camisas nuevas, bonitas faldas, blusas baratas, zapatos para niño...

El turco Abdalá tenía una modalidad innovadora para entonces: Daba crédito. Ésto hizo que la comunidad lo apreciara y lo viera como una persona querida y respetable. Con el tiempo, el turco Abdalá se hizo con un pequeño local en el centro de la ciudad, como lo hicieron muchos de sus compatriotas. El negocio prosperó hasta que un buen día su esposa y él fundaron la fábrica de camisas Abdalá, que luego produciría vestidos, pantalones y ropa en general.

Abdalá y su mujer eran católicos coptos, como algunos de los libaneses y palestinos que llegaron a Barranquilla y se establecieron junto con otros inmigrantes en el barrio de San Roque, haciendo famosa su calle Bagdad por los restaurante de comida árabe y por las casas de arquitectura siria y libanesa.

El turco era dueño de una solidaridad poco común. Le gustaba ayudar a los demás. Siempre proporcionaba un maletín de muestrario a un necesitado paisano árabe que llegaba a la ciudad, para que se ganara la vida vendiendo puerta a puerta, como él mismo lo había hecho durante muchos años.

Su casa se convirtió en un sitio de reunión de la comunidad árabe. Palestinos, libaneses, sirios, árabes católicos, ortodoxos, musulmanes... Todos iban a parar a la casa de Abdalá y su mujer.

En su casa los invitados comentaban lo sucedido en sus lejanas tierras. Allí preparaban sus comidas, tocaban su música y batían las palmas cuando las más pequeñas, adornadas de los hermosos vestidos árabes, bailaban sus danzas con sutiles movimientos de brazos y manos y sugestivos y rápidos movimientos de caderas, al acompañamiento del ritmo excitante de los tambores.

Cuando ya no cabían y era imposible atender a tantas personas. Abdalá tuvo una idea que fue secundada por todos. Fundaron la casa Colombo-Árabe que luego dio paso al Club Campestre de Barranquilla. Club que se convirtió en el segundo hogar de todos y en especial de las nuevas generaciones. Toda celebración importante que reuniera a las familias o a la comunidad se hacía en la casa Colombo- Árabe. Los niños salían de la escuela y no llegaban a sus casas. Llegaban al Club.

A Gabriela, para entonces una niña de apenas doce años, siempre le quedó grabado el recuerdo cuando la Abuela Shaia, en la casa de campo de puerto Colombia, les contó la historia de su llegada a Barranquilla y de cómo había sido la compañera del abuelo Abdalá en esa aventura.

Una noche de mucha luna y en la que la brisa les proporcionaba a todos un tierno refresco para mitigar el calor que era común en los veraniegos meses de Julio, la abuela Shaia estaba como ensimismada contemplando el mar y era evidente que un recuerdo nostálgico la tenía en ese estado.

-Abuela, ¿Por qué estás tan callada? Pareces muy triste -le preguntó Gabriela.

-No hija, es que tengo recuerdos muy hermosos de cuando construimos esta casa y de cuando nos sentábamos a mirar el mar con el viejo. ¿Sabes? En una noche como ésta y en este mismo lugar ese viejo se despidió de mi para siempre -dijo la abuela con un suspiro que despertó el interés de Victoria, de Salomé, su hija, y de dos hermanos de Victoria que estaban en compañía de sus esposas.

-Abuela -pidió de nuevo Gabriela- cuéntanos cómo es tu tierra, el Líbano, y cómo llegaron a Colombia y además cómo te enamoraste del abuelo.

La abuela la miró con ojos tímidos a la vez que un pequeño rubor apareció en sus mejillas.

-Sí, abuela, ánda, cuéntanos, que no sabemos mucho -insistió Salomé, su otra nieta.

-Bueno hijas, cuando éramos muy jóvenes, casi niños, el abuelo y yo nos conocimos. Sucedió en el año 1932. Lo hicimos en una celebración que aún hacen en nuestros pueblos, para que los muchachos y muchachas se conozcan. El abuelo era de Dbaiyeh y yo soy de Juniyah, dos pueblos muy cercanos de Beirut. Esos dos pueblos, que hoy deben ser dos grandes ciudades están a la orilla del mar. Por eso, al abuelo le encantaba esta vista, porque le recordaba a Dbaiyeh. Los dos teníamos familiares en ambos pueblos, así que la reunión se hizo en casa de una tía mía en Juniyah. Un tiempo después nos casamos, pero luego vinieron tiempos terribles. Los turcos, muchos años atrás habían invadido Siria, el Líbano, Palestina y casi todo Oriente. Así que no éramos libaneses. Éramos turcos.

La escasez de comida y de dinero era muy grande. No había en qué trabajar, a menos que te metieras al ejército turco, cosa que nadie quería hacer. Pero los turcos decidieron que el que quisiera irse del país podría hacerlo. Eso sí, con pasaporte turco. No dudamos un minuto y nos aventuramos a salir del país. Tomamos un barco para Egipto, pero allí la situación era peor. Tampoco había trabajo. Así que con los pocos ahorros que teníamos conseguimos cupo en un barco que iba para España y con el compromiso de trabajar en el barco como camareros nos embarcamos.. Allí duramos seis meses, en el puerto de Barcelona.

La situación en España no era nada mejor que en el Líbano. Los españoles estaban de pelea entre ellos. Muchos querían salir del país. Poco tiempo después fuimos a parar a las Islas Canarias, en donde estuvimos tres meses en unas condiciones deplorables. Finalmente, con un grupo de españoles nos embarcamos para el puerto de La Guaira, en Venezuela. Cuando llegamos nos dimos cuenta que a La Guaira llegaba mucha gente de todas partes. Al desembarcar, nos asustamos. Así que cuando el capitán dijo que se dirigía para Barranquilla decidimos hacerlo con él. Desembarcamos en Barranquilla, aquí en Puerto Colombia en el año 1934. Yo tenía tan sólo dieciocho años y el abuelo, veinticuatro.

-Barranquilla era una ciudad de mucha actividad. Pero la gente era muy atenta y amable. Nos recibieron muy bien, a diferencia de los españoles, que nos trajeron muy mal. Se reían mucho cuando nos oían hablar el español que aprendimos en Barcelona.

Abdalá consiguió rápidamente trabajo en el puerto como cargador. Había buen trabajo porque muchos de los muchachos querían alistarse en la escuela naval que se estaba creando, así que en los puertos de Malambo y aquí, en Puerto Colombia, no había quien descargara los buques que llegaban, lo que nos ayudó para tener un trabajo y con qué comer.

-Bueno, pero los estoy aburriendo con estas historias. Mejor dejémoslo para otro día dijo la abuela con un cierto desgano, para ganar un poquito de insistencia.

-No, abuela. Estamos en lo mejor, así que te traemos un té y continúas, le propuso Vicky con la aprobación de todo el grupo.

-El abuelo se había hecho amigo del capitán del barco que nos trajo desde España. Un griego bonachón y bebedor, pero una muy buena persona. También entabló amistad con muchos de los marineros de la tripulación. Ellos traían telas de oriente, ves-

tidos y ropa fina de distintos puertos. Nosotros no teníamos dinero con qué comprarles la mercancía, pero sabíamos que todo lo que compráramos se iba a vender, ya que la gente de Barranquilla en ese entonces se vestía muy bien. -Y ahora también, abuela -interrumpió Salomé.

-Sí hija, es cierto, pero en ese entonces las personas mandaban a confeccionar los trajes con las telas y los paños que provenían de Europa y de Oriente. Los hombres se vestían con sus trajes cruzados de impecable lino blanco, camisa del mismo color, adornadas con corbatas de colores, y se veían muy galanes con sus sombreros de ala de fieltro blanco.

Las mujeres también eran muy elegantes. Los vestidos eran de finas sedas estampadas con flores. Dejaban al descubierto sus hombros y se embellecían con su caminar erguido y cadencioso.

En las fiestas del Club todos íbamos muy bien puestos. Los hombres con su smoking blanco, y nosotras las damas de vestido largo. Eso sí era elegancia -recalcó la abuela-. Había que ser elegante para ir a la pista de baile, en donde las mejores orquestas animaban las fiestas. Antonino Papadimitriou era el nombre del capitán griego. Siempre lo recordaremos, porque fue quien le dio la mano a tu abuelo. Le traía la mercancía que le pedía y le daba crédito. Esto no era usual, ya que los marinos no tenían certeza si regresarían o si les pagarían, pero eso no le importaba a Papadimitriou. Siempre nos ayudó. Confiaba en nosotros. Es por esto que el abuelo también daba crédito. Hay que confiar en la gente como lo hace Antonino con nosotros. La mayoría de la gente es buena y eso me es suficiente, decía.

La abuela Shaia hace una pausa que nadie se atreve a interrumpir, ya que en su rostro se refleja de nuevo una gran nostalgia, pero esta vez acompañada de una sonrisa que hace predecir que son hermosos sus recuerdos. -Y así inició mi viejo -continúa ella-, con unas maletas llenas de mercancía, golpeando de puerta en puerta, de tienda en tienda. Esperando que los barcos que le traían la mercancía llegaran. Cobrando y tomando pedidos. Trabajaba todos los días sin descanso. Nunca se quejaba. Si alguien no le pagaba, con paciencia iba una y otra vez a cobrarle. Muchos no le cancelaron las deudas y nos vimos en más de una ocasión en dificultades para conseguir el dinero y cancelarle a quienes nos traían la mercancía. Pero el abuelo nunca denunció a nadie. Nunca persiguió a quienes nos debían, que además hay que decirlo, eran muy pocos.

Al principio, lo único que le disgustaba era que le dijeran *el turco*.

-Para alguien que sale huyendo de los turcos, que le digan *el turco* debe ser muy difícil -interrumpe Gabriela.

-Sí hija, es cierto y ésto lo mortificaba. Pero al poco tiempo y al saber que le decían: pasa, pasa *turquito*, que te estamos esperando. Le reconfortaba y le pasó el disgusto.

-Muchos de nuestros compatriotas vieron que el negocio era bueno y querían hacer lo mismo que el abuelo. Vender de puerta en puerta. Pero miren hijos, él no se molestaba por eso. Por el contrario los ayudaba y les prestaba dinero para que iniciaran el nego-

cio. Los invitaba a la casa, les daba consejos y me pedía que les preparara platos árabes.

Con tanto paisano vendiendo telas y vestidos, el negocio empezó a ponerse duro, así que decidió ir a otras ciudades. Fue a Cartagena, y a Santa Marta. Pero como también eran puertos, ya había mucha gente haciendo lo mismo, por lo que decidió ir a otros lugares un poco alejados de la costa.

El abuelo tomó entonces el camino del río y lo hizo en los barcos de vapor que navegaban por Magdalena. Llegó a Magangué y luego a una pequeña ciudad que lo enamoró desde el momento en el que la conoció: Mompos. Lo enamoraron sus casas de color amarillo, la plaza de Bolívar, a la que llaman también plaza del tamarindo por el color de su iglesia.

En Mompos hay una calle muy linda. La calle de la albarada, que es como una calle de Beirut o de Dbaiyeh, el pueblo en que nació. Esta calle la convirtió en su sitio predilecto y por eso todos lo conocían.

En Mompos hacen joyas muy lindas en oro. *El turquito*, en sus viajes, me traía anillos y pulseras de oro, lo que nos animó a abrir un segundo negocio. Empezamos a venderles a los marineros y tripulaciones anillos, cadenas, pulseras... y por eso tenemos hoy una joyería.

En Mompos había muchas iglesias y comunidades religiosas y celebraban de una forma muy linda las festividades de Semana Santa. Tu abuelo hizo muy buenos amigos. Pasamos muchas festividades de Semana Santa en esa hermosa ciudad.

Un buen día un amigo muy especial que teníamos en Mompos le dijo al abuelo: Hey, *turquito*, ¿Tú nunca has ido a la sabana? Allá vas a conocer bonitas tierras, ganado y una música llena de poesía. Es un mundo diferente en donde pasan las cosas más increíbles. Parece un mundo de sueños y de mitología. Seguro que no encontrarás nada igual. Cuando quieras, *turquito*, vamos.

Tu abuelo era ante todo un aventurero. Un mundo mágico de poesía y mitológico le llamó mucho la atención, así que no tardó mucho en ir a esas lejanas tierras.

El viaje lo tomó como la aventura que le faltaba por vivir, así que para el evento se vistió como de safari, lo que dio pie para que todos se burlaran de *el turquito*.

Un auto atiborrado de maletas con paños, telas, sedas, sombreros, vestidos y un par de amigos hicieron de ese viaje uno de los mejores recuerdos que tuvo el abuelo de esta tierra que tanto amó. Salieron de Mompos, pasaron por el Carmen de Bolívar, por el Plato, por Bosconia y Caracolí, hasta que llegaron a Valledupar. Esa tierra de Valledupar lo cautivó desde el primer momento y siempre la llevó en sus pensamientos y en sus mejores recuerdos.

Un domingo de verano invitaron al abuelo a un paseo por el río Guatapurí y allí recibió un bautismo de alegría, nostalgia, pasión y poesía, porque quedó como embrujado. Un espíritu indescriptible le entró en el alma. Nunca lo pudo explicar.

Conoció el abuelo, en ese río -continuó contando la abuela Shaia, pero esta vez abriendo sus grandes ojos de emoción-, a Rafael Escalona. Para entonces, Rafael, que se

convirtió en uno de sus grandes amigos, tenía unos treinta años y ya era un compositor muy conocido. Duró Rafael, según cuenta el abuelo, cantando sus composiciones y muchas otras que le iban saliendo de su corazón, una tarde, una noche, una mañana, otra tarde y otra noche.

El tiempo quiso ser cómplice de tamaña alegría y parranda y se detuvo. Armaron campamento a la orilla del río y de pronto sin darse cuenta el día sábado se convirtió en lunes. Todas las canciones de Escalona eran un verso a la vida o un verso para alguien. Me imagino que para alguna muchacha, porque bobos no eran -comentario que causó la risa entre el grupo-. Pero no hijos -apresuró a aclarar la abuela. Yo confiaba mucho en el abuelo. Él no era un hombre de amores. Era un hombre de paseos y aventuras no prohibidas.

Al grupo se unieron -continúa la abuela emocionada- otros juglares, como le dicen en Valledupar a los compositores, cada uno con un mejor verso, cada uno contando su propia historia de amor.

Lo que más asombro causó al viejo, eran las fantásticas historias que contaban.

Imagínense que una de las grandes historias -dijo la abuela en un tono un tanto incrédulo- era la de un hombre que daba las noticias de pueblo en pueblo, montado en un burro, acompañado de una vieja acordeón. Este hombre tenía por nombre Francisco Moscote. Lo hacía tan bien que aseguraban que nadie lo podría vencer tocando este instrumento. Hasta que el diablo, envidioso como es, lo retó. Francisco, que era muy sagaz, derrotó al diablo cantando el credo al revés. Noticia que corrió por toda la sabana y, desde ese momento, le llamaron Francisco *el Hombre*. Todas estas historias le encantaban y aquí, en esta misma silla, las contaba una y otra vez.

Mi *turquito* encantando quería conocer a todos esos compositores e intérpretes de Valledupar. Pedro Cote, su amigo, le animó a viajar a esta ciudad.

-Aquí en Valledupar es donde termina la ruta de la poesía y la fantasía -le dijo Pedro-. Pero si quieras conocer, Abdalá, dónde nacen quienes hacen la música que tanto te está gustando; tenemos que ir a la Guajira. Vamos a transitar por la ruta del vallenato. La del amor y el sueño convertido en poesía. La del verso que después de entrar en el alma no se puede olvidar. Por eso, siempre y durante toda la vida lo cantas. Nunca te deja -concluyó Pedro-.

-Tomaron el abuelo, Pedro Cote y Roberto Alcocer, sus compañeros de viaje, el camino para llegar a donde nace el vallenato. Se fueron por la ruta que años después llamaron la ruta de oro del vallenato, la poesía y la mitología. Valledupar, Urumita, Villa Nueva, San Juan del Cesar, Fonseca, Barrancas, Maicao y terminaron en un pueblo muy alejado de la Guajira. En Uribia.

Uribia les pareció el fin del mundo. Un lugar muy caliente, pero muy cerca de un sitio de natural belleza, el Cabo de la Vela. El abuelo se transportó a nuestro Líbano añorado. Era como si de Bharsaf viajara a Dbaiyeh, su ciudad natal, que vive eternamente enamorada del Mediterráneo. Por un momento creyó que estaba en su tierra. El mismo desierto, la misma gente, la misma arquitectura. Uribia, con sus casas blancas, combinadas de un amarillo intenso, le recordaba a Bharsaf. Los indios Guayú, con sus túnicas

y sus mochilas, a la gente que deambula por el desierto libanés con el afán de llegar a Dbaiyeh y por fin ver ese majestuoso mar. Esa sensación la vivió de nuevo cuando el grupo de Uribia tomó el camino al Cabo de la Vela.

El viejo Abdalá decidió viajar cada tres meses por esas tierras. Conoció a Leandro Díaz, a Emiliano Zuleta, a Armando Zabaleta, a Alejo Durán y otros de quienes no me acuerdo. A todos ellos ayudó y promocionó. Siempre los llevó al Club Campestre de Barranquilla. Siempre le abrió las puertas a la magia de la poesía, al amor nostálgico.

Alejandro, el hermano mayor de Victoria, no cabía de la emoción. Nunca había escuchado la historia de su familia contada por la abuela, con tanto detalle.

Lo cierto era que la abuela estaba disfrutando, viendo a su alrededor a cuatro generaciones de su familia con una atención casi religiosa, inmóviles conteniendo la respiración para no perder detalle.

Salió Alejandro en una maratónica carrera de la casa y no transcurrieron más de diez minutos cuando se oyó, a la entrada del balcón la percusión de unos timbales, acompañados de una raspa y al ritmo de los primeros acordes de un acordeón los versos de Rafael Escalona que pusieron a llorar a la abuela.

-¡Mira abuela lo que te traigo! -gritó Alejandro, rebosante de felicidad, y al instante el cantante inicia su tonada:

*“Voy hacerte una casa en el aire
solamente pa’que vivas tú.
Después le pongo un letrero bien grande
con nubes blancas que diga “andaluz”
Cuando Andaluz sea señorita
y alguno le quiera hablar de amor
el tipo tiene que ser aviador
para que pueda hacerle la visita
el tipo tiene que ser aviador
para que pueda hacerle la visita
Y si no vuela no sube
a ver a Andaluz en las nubes
y si no vuela no, no llega allá
a ver a Andaluz en la inmensidad
Voy hacer mi casa en el aire
pa’que no me la moleste nadie
Como esa casa no tiene cimientos
tiene el sistema que he inventado yo
Me la sostiene en el firmamento
los angelitos que le pido a Dios”*

En minutos se prendió una fiesta en honor al abuelo Abdalá Manzur y a la abuela Shaia Fayad, al son de las composiciones de su amigo. El gran Rafael Escalona. Todas las generaciones pidieron una y otra canción.

A la abuela le encantaba una canción interpretada por un cantante joven que estaba de moda, Rafael Orozco, y que cantó en coro con toda la familia:

*“Bonito cuando un hombre sabe que lo están queriendo.
Bonito sentirse en los brazos de lo más querido.
Pero cuando uno ve que todo eso se va muriendo.
Verdad que uno a veces desea mejor no haber nacido.
Se entrega el corazón y el alma sin dar condiciones
Y se consagra eternamente ese buen cariño
Creyendo que en todo momento es correspondido
Olvidando que en el mundo existen desilusiones.”*

La fiesta duró hasta el amanecer y la abuela no mostró ningún signo de cansancio. El tiempo se detuvo de nuevo. En esta ocasión, el viejo Abdalá, desde no se sabe dónde, lo estaba deteniendo. Pero ese turco bueno preparaba su encuentro con la mujer que amó toda su vida y con unos versos hermosos mandó por ella. Esos versos se escucharon en boca de un poeta que con una nostálgica voz cantó la hermosa composición del gran Romualdo Brito:

*“Después de tanto tiempo ayer la volví a ver y estaba tan linda.
Como un sueño imposible, como una estrella lejana
Así como el vuelo libre, de una gaviota en la Playa”*

Estos fueron los últimos versos que la abuela oyó en este mundo. Los oyó con toda el alma, los cantó con todas las fuerzas que le quedaban y con esos mismos versos se reunió con el viejo Abdalá. La abuela murió a los quince días de esa fiesta de amor, de recuerdos y de agradecimiento con una vida llena de aventuras, pero a la vez con la que le regaló el privilegio de conocer a un hombre bueno con el que criaron una linda y unida familia en una ciudad lejana y en la que habita un pueblo mágico.

Capítulo 4

En una locura desenfrenada por vivir la vida y hacerle el quite a la muerte, allí se daban cita por igual pobres y ricos, viejos y jóvenes, niñas y matronas, empleados y empresarios, abogados y albañiles. Todos por igual, sin distinción.

Barranquilla era una ciudad que siempre fue abierta a la inmigración. Acogió por igual a árabes, alemanes, italianos, chinos, judíos y americanos. Por ésta razón la llamaban la puerta de oro de Colombia.

Su arquitectura no era colonial como la mayoría de las grandes ciudades colombianas. No fue fundada durante la colonia, por lo que un aspecto de tipo republicano engalanaba sus edificios más emblemáticos.

Su puerto quedaba muy cerca de la ciudad. En su momento Puerto Colombia fue uno de los más grandes del mundo. La ciudad tenía el privilegio de ser bañada por el mar Caribe y consentida por el río Magdalena, que dejaba allí su existencia para fusionarse con ese imponente mar.

En Puerto Colombia tenían sus casas de descanso todos los inmigrantes y lugareños, así como personas del interior y de otras ciudades que querían disfrutar de ese azul mar Caribe y del rugir nostálgico y pesado del río Magdalena cuando moría en el mar.

Una variedad de culturas hacían su vida en Barranquilla y en Puerto Colombia. Todas llevando en su corazón y en sus venas un gran agradecimiento por esa ciudad que les tendió la mano y que los recibió como si fuera uno de los suyos. Una ciudad en la que nunca ha existido la discriminación por el extranjero, ni les ha negado oportunidad alguna.

Celebrar los éxitos obtenidos y agradecer a esta ciudad, que era como una madre universal, se convirtió en un rito esperado por todas las comunidades.

Ese agradecimiento se hacía con música, Con una inmensa alegría. Dándolo todo. Entregándolo todo. Con una gran pasión, que envolvía por igual a europeos, africanos, asiáticos y árabes y nada mejor que hacerlo en un gran Carnaval. Un Carnaval en el que todos al mismo son y con la misma alegría rendían honor a esa hermosa tierra.

El tercer día de Carnaval, Gabriela y Salomé casi no terminaron de almorzar por la prisa que tenían para vestirse con los disfraces que lucirían en la comparsa de la batalla de flores que se celebraba el sábado de Carnaval. Esta ansiedad tenía su justa razón. Llevaban seis meses pensando en el diseño de los disfraces, luego cociéndolos y decorándolos. Habían acordado que harían una comparsa de unas veinticinco amigas, todas disfrazadas de cleopatras. Estaban decididas a ser las cleopatras más hermosas que se recordara en Carnaval alguno.

Las animaba también que sería la primera comparsa en la que asistirían sin sus padres y debían apresurarse ya que sus dos buenos amigos de infancia pronto pasarían por ellas.

Daniel Cortizos y Nicolás Espinosa serían sus acompañantes. Daniel era el más animado y alegre de todos. Un chico de diecisiete años. Había tenido que afrontar un defecto físico irreversible que lo acompañaría toda la vida. Dos pronunciadas jorobas, una en el pecho y la otra en la espalda le impidieron un crecimiento normal. Además, una pierna mucho más larga que la otra le hacían desplazarse con lentitud. Caminaba con mucha dificultad arrastrando sus pies. Daniel soportó ocho operaciones para enderezar sus pies antes de dejar la silla de ruedas. Los tenía desviados de nacimiento.

No pasaba del 1,55. Muchos pensaban que padecía de enanismo.

Daniel tenía la virtud de ser muy especial. De gran fluidez al hablar, tocaba la guitarra y el acordeón. Cantaba con mucha afinación y sentimiento. Dueño de un gran humor que hacía que las chicas se pelearan por su compañía. Era el campeón de las competencias de matemáticas del colegio Parrish, donde él y sus amigos estudiaban.

Nunca se quejaba. No lo hizo ni siquiera cuando fue torturado por esas operaciones que le hicieron llevar yesos durante casi la mitad de su vida.

Veía la vida como un regalo permanente de Dios y así se lo hacía saber a sus amigos. Daniel llegaba al corazón de las personas y de manera especial a las chicas de su edad, que en esta etapa de la adolescencia veían en Daniel un cómplice y confidente.

Daniel era un personaje muy querido, enamorado y fiestero. Su chispa y sus versos hacían que ninguna chica se fijara en su defecto.

Nicolás era el gran amigo de Daniel. En más de una ocasión se lió a golpes con quienes ofendían a su amigo con epítetos como enano jorobado y otros no menos ofensivos, por la envidia que causaba al saber que en las reuniones las chicas preferían bailar con Daniel y no aceptaban concederle una pieza de baile a pretendientes inoportunos.

Las dos hermanas, Gabriela y Salomé, bajaron por las escaleras de caracol de la casa. Lo hicieron con un paso ceremonioso y con un toque de sensualidad. Se sabían hermosas. Ellas mismas estaban sorprendidas de verse tan bellas.

Gabriela era muy alta para su edad. Su estatura rondaba el 1,70 y estaba próxima a cumplir los quince años. Salomé era un poco más pequeña. Las dos aparentaban ser dos personas mayores. Cualquiera creería que esas dos hermosas chicas tenían unos veinte años.

El disfraz de cleopatra les dejaba libres las caderas y les hacía resaltar sus aún no bien torneadas formas. El cabello negro y los ojos de un verde intenso resaltaban sobre la blanca piel de Gabriela, lo que auguraba, sin duda alguna, que sería la cleopatra más hermosa.

Victoria, Pablo y los dos chicos quedaron sorprendidos al ver ante sus ojos esas dos cleopatras que seguro despertarían la envidia de la cleopatra de leyenda. Éstas eran reales.